

JULES SUPERVIELLE

PLEGARIA AL DESCONOCIDO

Nota y traducción de ULALUME GONZÁLEZ DE LEÓN

La "Plegaria al desconocido" está incluida en la primera parte —y la que da su título al conjunto— de las tres que integran uno de los libros más importantes de Supervielle, *La fable du monde* (1938): una verdadera génesis en la que el poeta da la palabra a Dios para que cuente la creación del mundo, del hombre, de la mujer, de los árboles y de los animales, y habla a veces con Dios —como en el poema mencionado o en "Ob Dios muy atenuado"—, oscilando entre una casi apuesta, pascaliana y de la razón, a que sí existe, entre un deseo del corazón de que así sea, y la duda sincera, nada blasfema, que parece dejarlo sin respuesta definitiva. (Como dice Supervielle, "la peor de las blasfemias es no decir lo que uno piensa".) Pero si Dios existe, ¿no ve acaso basta el fondo del corazón y del pensamiento humanos? ¿Podría entonces ofenderse con quien resume sus titubeos en una fórmula tan cargada de sentimiento como ese "Dios mío, no creo en ti pero voy a hablarte a pesar de todo"? Cuando Supervielle le dice a Dios: "no soy más que un hombre entre tantos", "no me faltan disculpas" (para hablar como hablo), "acepta mis pobres sutilezas", no sólo responde a esas preguntas sino que justifica también el tono tan bu-

mano y tan tierno en que hace contar a Dios la Creación y basta hablar de su propia tristeza y de su soledad. Es fiel, además, a la poética que ha formulado tanto en verso como en prosa y que lo ha hecho ver entre sus compatriotas como un raro, una excepción en la poesía francesa de su tiempo: un poeta que se atreve a ser sentimental y que lo es sin detrimento de lo que expresa; que se quiere cotidiano, doméstico; que confiesa: "No me gusta lo extraño sino cuando se ve aclimatado, llevado a la temperatura humana" (en *En songeant à un art poétique*); que se propone y logra en su "fábula del mundo" "tender a que lo sobrenatural se vuelva natural (...), arreglárselas para que lo infame se nos haga familiar sin perder sin embargo sus raíces fabulosas" (Ibid.); que usa, finalmente, "las palabras menos bellas/ para festejarlas un poco" ("*Hommage à la vie*") y desconfía de "las que buscan ser poéticas".

Su fábula (babría que leerla entera para entenderlo) nos entrega a un Dios cercano, que hace por nosotros lo que puede, de una gran inocencia, capaz de infundir en el hombre alguna esperanza (aunque le advierte "no me pidas que te la defina" —en "*Dieu parle à l'homme*"), incapaz de aterrorizarlo. Si son muchos los católicos de Francia que sólo ven a "un dios poético" en el de Supervielle, también abundan los que consideran que reúne todo lo necesario para ser un cristiano ejemplar.

He aquí que me sorprende hablándote, Dios mío,
yo, que no sé todavía si existes
ni comprendo la lengua de tus iglesias susurrantes.
Miro los altares, la bóveda de tu casa
como quien dice simplemente: "Esto es madera, esto es piedra,
aquellas son columnas románicas, le falta la nariz a ese santo,
y adentro como afuera hay un mismo desamparo entre los hombres".
Bajo los ojos sin poder arrodillarme durante la misa
como si dejara pasar una tormenta sobre mi cabeza
y no puedo evitar el pensar siempre en otra cosa.
Me pasaré la vida pensando en otra cosa,
y esa otra cosa soy yo, tal vez mi yo verdadero:
es allí donde me refugio, y tal vez sea allí donde tú estás,
creo que nunca podré vivir sino en esas lejanías que me seducen.

El momento presente es un regalo que no he sabido aprovechar,
no sé bien cómo se usa, lo volteo para un lado y para el otro
y no logro que funcione su difícil mecanismo.
No creo en ti, Dios mío, pero quisiera hablarte a pesar de todo;
he hablado con las estrellas aunque las sepa sin vida,
con los más humildes de los animales aunque los sepa sin respuesta,
con los árboles que, sin el viento, serían mudos como la tumba.
Y me he hablado a mí mismo aunque no estoy seguro del todo de que existo.
No sé si oyes nuestras plegarias, las plegarias de los hombres,
no sé si tienes ganas de escucharlas,
no sé si tienes como nosotros un corazón en alerta continua
y oídos siempre abiertos a las noticias más diversas.
No sé si te gusta mirar por aquí.
Pero querría recordarte a tu planeta la Tierra,
con sus flores, sus guijarros, sus jardines y sus casas.
Con todos sus seres; con nosotros que sufrimos y lo sabemos.
Querría dirigirte cuanto antes estas humildes palabras humanas
porque cada cual debe tentar ahora lo imposible
aun si no eres más que un soplo de hace millares de años,
una gran velocidad adquirida, una melancolía durable
que hace aún girar a las esferas en su melodía.
Querría, Dios sin rostro y tal vez sin esperanza,
que prestaras toda tu atención, entre tantos cielos vagabunda,
a los hombres que nunca pueden darse un respiro en el planeta.
Escúchame, corre prisa: todos van a desalentarse
y ya no podremos distinguir a los jóvenes de los viejos.
Cada mañana se preguntan si la matanza va a comenzar.
Por todas partes se preparan extraños distribuidores
de sangre, de quejidos y de lágrimas.
Se preguntan si los trigos no esconden ya fusiles.
¿Se acabó el tiempo en que podías ocuparte de los hombres?
¿Te llaman de otros mundos, médico de consulta
que sin saber por dónde empezar deja morir a su clientela?
Escúchame, no soy más que un hombre entre tantos otros:
el alma está a gusto en el cuerpo, el alma no quiere escapar
en un estallido de bomba;
el alma es para nosotros una caricia, un secreto halago.
Déjanos respirar sin pensar en nuevos venenos,
déjanos mirar a nuestros niños sin pensar todo el tiempo en la muerte.
No estamos para batallas, para generales.
Déjanos nuestro ir y venir de rebaño entre cencerros
y olor a leche que se mezcla al olor de la hierba espesa.
Ah, si existes, mi Dios, mira de nuestro lado,
ven y descansa un rato entre nosotros, la Tierra es hermosa con sus árboles,
sus ríos y sus estanques, tan hermosa que uno diría
que la añoras un poco.
No te vayas a hacer el sordo una vez más

ni a sentirte conmigo, Dios, si te tuteo,
si te hablo con tan abrupta simplicidad:
creería menos que en cualquier otro en un Dios que aterrorizara;
y tú, más que por el rayo, sabes expresarte por las briznas de hierba
y los ojos del agua y los juegos de los niños,
lo cual no impide que haya océanos y cadenas de montañas.
No puedes ofenderte porque te digo lo que pienso,
porque reflexiono como puedo sobre el hombre y su existencia
con la franqueza de la tierra y de las diversas estaciones
y tal vez con tu franqueza cuyas lecciones ignoro).
No me faltan disculpas, consiente en aceptar mis pobres sutilezas,
tantas cosas se preparan solapadamente contra nosotros
que, por mucho que hagamos, tememos siempre que nos sorprendan desprevenidos,
tememos ser como el toro que no comprende qué sucede:
lo llevan al matadero, no sabe adónde va,
y justo antes de recibir el golpe mortal sobre la frente
se repite que tiene hambre, y pastaría de buena gana,
¿pero qué pasa con esa gente de delantales llenos de sangre
para que así se empeñen todos en atenderlo esta mañana?